

porque el elemento principal de todo gobierno, la hacienda, se hallaba en un estado lastimoso. El papel-moneda había bajado a un tercio de su valor nominal por no haber sido reembolsado con puntualidad; las confiscaciones decretadas por el congreso nada habían dado al tesoro común, porque cada Estado se quedó las cantidades que resultaron de la venta de las propiedades situadas en su territorio; el ejército sufría las mayores privaciones, en parte a consecuencia de la mala organización de la administración militar, y en parte por los abusos que se habían introducido y que perjudicaron notablemente el servicio y la eficacia del ejército.

A fines de abril de 1778 fué sustituido el jefe de Estado mayor general Mifflin por el general Greene, y a instancias de Washington fué nombrado el barón de Steuben inspector general del ejército federal. Toda la administración militar fué reorganizada y se ampliaron sus atribuciones, haciéndola más independiente de la comisión interventora del congreso. Este fijó en 14 de junio de 1777 la bandera nacional de los Estados Unidos tal como está todavía hoy, solo con trece estrellas.

La protección concedida por la Francia a los Estados Unidos dió lugar a combates entre las marinas inglesa y francesa en todos los mares donde se encontraban buques de las dos naciones.

El primer paso ostensible que el gobierno francés dió en favor de su nueva aliada consistió en el envío de una escuadra de 12 buques de alto bordo y de seis fragatas a las órdenes del conde de Estaing, escuadra que llegó a la costa de Virginia el día 6 de julio. Sabido esto en Londres, el gobierno inglés envió también 12 buques de tres puentes, mandados por el almirante Byron, nombrado sucesor de lord Howe, que como su hermano Guillermo había solicitado su relevo. Fué nombrado en su lugar el general Clinton, pero antes de entregar a este su mando destruyó 40 buques menores de guerra de los americanos que estaban estacionados cerca de Bordenton, en el río Delaware.

Clinton, el 18 de junio, obedeciendo las instrucciones del gobierno inglés, emprendió con sus fuerzas la marcha a Nueva York, al través del territorio de New-Jersey; y perseguido por Washington, hizo frente el 28 del mismo mes a la vanguardia americana, mandada por Wayne y Lafayette. El encuentro fué sangriento por ambas partes, y al día siguiente continuó Clinton su camino y se embarcó con sus fuerzas en Sandyhook para la próxima ciudad de Nueva York. Washington tomó posiciones al Norte de la misma, junto al río Hudson, y allí se situó también el 11 de junio el almirante Estaing con la escuadra francesa; por manera que todas las fuerzas marítimas y terrestres, inglesas, americanas y francesas se hallaban reunidas junto a la embocadura del Hudson, sin que llegaran a las manos.

Filadelfia, ocupada por el general Arnold, estaba entonces otra vez en poder de los americanos. Estaing pasó a fines de julio con su escuadra a Rhode-Island, guardada por 6,000 ingleses, y Washington envió allí al general Sullivan con orden de bloquear la capital Newport por tierra; pero no pudiéndose poner este general de acuerdo con el almirante francés, no se llegó a efectuar el ataque combinado a la ciudad, y las fuerzas americanas tuvieron que levantar el sitio y reembarcarse para el continente. Los ingleses tampoco pudieron emprender nada notable porque aguardaban la escuadra a las órdenes de Byron, que había salido de Inglaterra en 9 de julio. Sin embargo, hasta mediados de setiembre no llegó el buque almirante a Nueva York; los demás habían sido dispersados por las tempestades. En el campo americano no reinaba la buena armonía, tan indispensable para grandes combinaciones estratégicas.

Entre los jefes de las fuerzas americanas y francesas hubo cuestiones de etiqueta, y en Boston ocurrieron conflictos sangrientos entre la población y los marineros franceses. El general Lee fué llevado ante un consejo de guerra porque no había atacado como debía a los ingleses cerca de Monmouth el 28 de junio, y después había escrito a Washington dos cartas insolentes, en castigo de lo cual fué exonerado por un año de su cargo. Así pasó el resto del año sin ningún suceso militar notable.

La Holanda, al principio del conflicto americano se había apresurado a entablar relaciones mercantiles con las colonias de América tan luego como estas se levantaron contra la ley de navegación, y en 4 de setiembre de 1778 se pactó en el Haya la unión de los veinte Estados, formada por los siete Estados holandeses y los trece americanos. En este convenio establecieron las dos partes la perfecta igualdad de sus respectivos comercios en los puertos de ambos países respecto de derechos y privilegios, y cada una de ellas se obligó a proteger con su marina de guerra la marina mercante de la otra.

España, por su parte, declaró también la guerra a Inglaterra, y otras potencias europeas se pusieron igualmente al lado de los Estados Unidos con más ó menos energía.

Después de la muerte de Luis XIV el gobierno francés se había declarado a favor del principio de que la bandera cubría la mercancía, es decir, que mercancías pertenecientes a naciones beligerantes eran inviolables a bordo de buques neutrales; pero Inglaterra se había declarado contra este principio en el año 1756, y procediendo en consonancia de esta declaración se había apoderado en aquella época de varios buques holandeses y dinamarqueses. Este mismo sistema siguió también durante su guerra con las colonias sublevadas; pero en 26 de febrero de 1780 el gobierno ruso, cuya amistad buscaba el inglés, comunicó por medio de sus representantes a los gabinetes de Londres, Versalles, Viena, Copenhague, Estokolmo y el Haya su modo de ver sobre este punto, a saber: que la bandera cubría la mercancía, excepto la de contrabando, y que los buques neutrales podían visitar libremente los puertos y navegar por las costas de países beligerantes, no llevando contrabando de guerra. Francia y España se apresuraron a adherirse a estos principios, y en julio hicieron lo mismo Dinamarca y Suecia, que con Rusia formaron seguidamente una unión de neutralidad armada y organizaron una escuadra unida para proteger su comercio. Con este objeto facilitó el gobierno ruso además cinco navios y una fragata para recorrer el Canal de la Mancha.

En 25 de setiembre de 1780 adhirió también el congreso americano al principio ruso, de modo que Inglaterra perdió bajo este concepto su preponderancia marítima.

En Inglaterra no se supo el convenio entre Holanda y los Estados Unidos hasta el otoño del año 1780. Entonces, en 26 de diciembre, decidió el gobierno inglés declarar la guerra a Holanda; embargó los buques de esta nación que se encontraban en los puertos ingleses y concedió patentes de corso contra su marina mercante, siendo muchos los buques holandeses que fueron capturados.

En la primavera del año 1779, Washington, para no exponer temerariamente a un descalabro el último ejército que los Estados Unidos habían conseguido levantar, con mucho trabajo, se limitó a sostener sus posiciones en las tierras altas de Nueva York y de New-Jersey, a causa de la superioridad numérica del ejército inglés, concentrado en Nueva York. Este tiempo fué aprovechado por el activo Steuben, con el beneplácito del congreso, para establecer en el ejército americano el sistema militar de Prusia. El efectivo de las fuerzas de que disponía a la sazón Washington se reducía a 9,755

hombres en lugar de los 38,160 infantes, ó sean 80 batallones, que el congreso había pedido por decreto del 9 de marzo de 1779 a los Estados de la Unión, que en este caso mostraron muy poca actividad. Por fortuna se abstuvo también el enemigo de emprender operaciones importantes.

En otoño de aquel año trasladóse la guerra a los Estados del Sur, que habían sufrido ya repetidas invasiones y ataques de las fuerzas inglesas y de sus partidarios, invasiones que habían dado lugar a una guerra de guerrilla de fortuna varia. Allí, a solicitud del gobernador Rutledge y del general Lincoln, republicanos, acudió el almirante francés Estaing, cuya escuadra había sido aumentada hasta veinticinco navios y once fragatas con 9,000 soldados, y que acababa de obtener en el mar de las Antillas una victoria sobre la armada enemiga mandada por Byron. Con su ayuda calcularon los americanos que podrían arrojar a los ingleses de Savannah, donde mandaba el general Prescott; pero el asalto que dieron a la plaza, en 9 de octubre, fué rechazado por los sitiados, y los americanos tuvieron tantas bajas que hubieron de pronunciarse en retirada hasta la Carolina del Sur, mientras el almirante francés, disgustado por nuevas desavenencias en cuestiones de etiqueta, regresó a las Antillas en lugar de pasar al Norte.

A fines de diciembre de 1779, el general inglés Clinton se trasladó con numerosas fuerzas inglesas terrestres y marítimas a los estados del Sur, que se hallaban indefensos, encargando la defensa de Nueva York al general alemán Knyphausen; pero luchando contra violentas tormentas, no pudo llegar hasta el 11 de febrero de 1780 delante de Charleston. Los defensores de esta ciudad capitularon, y cayeron en manos de Clinton, además de las milicias, el general Lincoln, el vice-gobernador y muchos miembros de la asamblea legislativa. Los milicianos fueron enviados a sus lugares y los demás detenidos prisioneros. Con esto los ingleses eran ya dueños de la Carolina del Sur y de la Georgia; mas el congreso requirió a los gobiernos de la Carolina del Norte y de la Virginia que reunieran fuerzas; envió del ejército de Washington 2,000 hombres a las órdenes del barón de Kalb, y nombró jefe de todas las fuerzas republicanas del Sur al general Gates, que se encargó del mando el 27 de junio en la Carolina del Norte. Sin embargo Gates, el 16 de agosto, en un combate que tuvo cerca de Cansden con los ingleses, mandados por lord Cornwallis, sufrió una derrota tan grande que tuvo que retroceder hasta la frontera de Virginia, perdiendo además al barón de Kalb, que quedó mortalmente herido en la acción después de haber tratado inútilmente de hacer desistir al inepto general Gates de librar la batalla.

No anduvieron mejor las cosas para los americanos en el Norte en el año 1780. Washington, con su pequeño ejército, debilitado materialmente por el hambre, no pudo pensar en atacar a Nueva York, a pesar de no ser muy numerosa la guarnición. El mayor inconveniente para esto consistía en que los soldados eran bisonos y se habían enganchado entonces por un número determinado de meses, de suerte que cuando apenas estaban un poco enseñados y fogueados, regresaban a sus hogares. Así había en las filas siempre individuos nuevos, y todo era un continuo ir y venir. Además tenía que tratar con cada Estado separadamente para sus operaciones y aprovisionamientos por falta de un poder central fuerte con atribuciones latas, poder que no tenía el congreso, el cual para no herir la susceptibilidad de los diferentes Estados, no se atrevía a tomar disposiciones energéticas. Ninguno de los Estados aportaba su contingente de soldados en el plazo convenido; en muchos contingentes faltaban miles de plazas para llegar al número acordado.

Sin embargo, la situación mejoró notablemente en el verano del año 1780, gracias a nuevos auxilios del gobierno francés y al entusiasmo del marqués de Lafayette, que para obtenerlos había pasado expresamente a Paris, donde su primo, Segur, era ministro de la Guerra. Segur recabó del rey, además de la escuadra y del socorro en dinero, el envío de 9,000 hombres, que debían expulsar a los ingleses de Rhode-Island y servir después a las órdenes de Washington, y para evitar en adelante cuestiones de etiqueta entre el conde de Rochambeau, jefe de las fuerzas francesas, y Washington, el rey de Francia nombró al general americano teniente general y vice-almirante francés.

La noticia de este nuevo refuerzo reanimó la energía del congreso, el cual pidió en seguida a todos los Estados, excepto a la Georgia y la Carolina, que estaban en manos de los ingleses, una subvención de guerra de 50 millones de pesetas; además autorizó a su junta de guerra a tomar medidas energéticas para la defensa del país, y amonestó seriamente a todos los gobiernos particulares a fin de que coadyuvaran con energía a que aquella última ocasión propicia fuese aprovechada y condujera a la victoria definitiva de la causa americana. Con esto pudo reunirse otro ejército.

El 10 de julio llegó a Rhode-Island la primera división francesa a las órdenes de Rochambeau, que se apoderó sin dificultad de aquel territorio. La segunda división continuó, por falta de buques de transporte, en Brest, donde los ingleses la bloquearon luego.

El general Arnold, que tantos lauros había recogido en su última campaña en el Canadá y que había sido nombrado comandante de Filadelfia después de la evacuación de esta ciudad por los ingleses, estaba en ella agobiado de deudas, por ser derrochador y por haberse empeñado en negocios que le salieron mal. El congreso le negó los fondos excesivos que pedía, y habiendo sido acusado finalmente de extorsiones contra muchos ciudadanos de Pensilvania, fué condenado, por un consejo de guerra nombrado expresamente para juzgarle, a recibir una reprimenda de su superior el general en jefe. Herida su vanidad, se puso en 1779 en correspondencia con André, oficial del Estado mayor inglés, para pasar al servicio de Inglaterra. El congreso, muy lejos de sospechar su traición, le nombró comandante de West-Point, la fortaleza más importante del país alto de Nueva York, y al propio tiempo sustituto del general en jefe. En estas circunstancias, Washington pasó a Hartford, en el Connecticut, para concertarse con Rochambeau respecto de las operaciones que convendría emprender; y Arnold quiso aprovechar su ausencia para entregar a West-Point a los ingleses de Nueva York. Pero el comandante André, que era el agente intermedio, fué hecho prisionero el 21 de setiembre por tres milicianos americanos, con las cartas de Arnold que evidenciaban la traición que tramaba. Arnold, avisado a tiempo, pudo evadirse, pero André fué condenado a muerte por espía y ahorcado el 2 de octubre.

En la Carolina del Norte, donde imperaban los ingleses, lord Cornwallis excitó a los habitantes a defender la causa del rey con las armas, y a principios de setiembre penetró con sus fuerzas en el interior de aquel Estado para atacar a los rebeldes. Envio con este objeto al coronel Ferguson con una división a los distritos del Norte, y allí los patriotas montañeses unidos a los de Virginia le derrotaron el 9 de octubre, matando al mismo Ferguson y haciendo prisioneros a ochocientos individuos, en su mayor parte realistas de la Carolina.

Entretanto había sido llevado el general Gates ante un consejo de guerra para responder de su campaña desgraciada, siendo reemplazado por el general Greene, con el barón



de Steuben en calidad de jefe de Estado mayor. El 2 de diciembre llegaron ambos al campamento americano cerca de Charlotte, en la misma frontera occidental de la Carolina del Norte. La escasez de provisiones en aquella comarca hizo necesaria la distribución de la fuerza en pequeños grupos, por cuya razón se limitaron por lo pronto todos los encuentros á escaramuzas. A mediados de febrero, Greene tuvo que retroceder ante la gran superioridad de las fuerzas inglesas hasta el territorio de Virginia, donde á la sazón mandaba Steuben las fuerzas de la colonia, cuyo gobernador era Jefferson. Viéndose de esta manera Cornwallis dueño de las dos Carolinas, además de la Georgia, trabajó con ahínco para robustecer política y militarmente su posición y la au-

toridad inglesa; pero tampoco se durmieron los republicanos, pues no tardaron en reunirse diferentes secciones de tropa organizadas por Steuben en la Virginia; otros grupos acudieron de las dos Carolinas, y el congreso envió una división de reclutas contratados por diez y ocho meses. Con todos estos refuerzos pudo Greene hacer frente al ejército inglés en la Carolina del Norte, cerca de Guilfords Court House, el 15 de marzo. Los americanos salieron derrotados en esta acción; pero Cornwallis no pudo perseguirlos porque le faltaban víveres y tuvo que replegarse sobre Wilmington, en la frontera que separa las dos Carolinas.

En enero de 1781, Clinton, el general en jefe inglés, se valió del traidor Arnold, que había pasado al servicio de In-



El general Steuben (copia de un grabado en cobre de 1783)

glaterra, enviándole por mar con 1,900 hombres á la bahía de Chesapeake para destruir los grandes depósitos de tabaco que los virginios habían reunido allí, y de paso hacer propaganda entre los habitantes á favor del trono, utilizando sus muchas relaciones particulares. Lafayette fué enviado allí por tierra con una división de 12,000 hombres, mientras se dirigía, también al mismo punto, la escuadra francesa, que, después de un combate indeciso junto al cabo de Virginia, había retrocedido á la embocadura del Hudson. Pero antes que llegaran estos auxilios, Arnold con su gente saqueó las poblaciones de la Virginia sin obstáculo ninguno.

Jamás había sido la situación de los Estados Unidos tan deplorable y desesperada como en los primeros meses del año 1781. El ejército americano carecía de víveres, era tan impotente como el congreso, el cual se arrepentía amargamente de no haber tomado doce meses atrás en su mano la administración y organización de todo el territorio, en lugar de dejar estos trabajos confiados, por un exceso de escrupulosidad, á cada Estado por sí. Sus arcas estaban vacías y la

bancarrotta existía de hecho, pues que la tesorería del congreso no admitía ya los billetes, que por lo demás nadie quería. El comercio de exportación estaba muerto, la marina de guerra había quedado reducida á dos fragatas, y la destrucción de los depósitos de tabaco en la Virginia por Arnold y su gente había hecho perder el último recurso para hacerse con metálico.

En tan triste situación, y mediante las negociaciones de Franklin, el gobierno de Francia adelantó seis millones de pesetas, después de haber garantido el empréstito de tres millones hecho por el congreso en Holanda. Los seis millones debían emplearse, parte en la compra de armas y vestuario en Francia, y el resto en auxiliar al ejército á las órdenes de Washington, por medio de Roberto Morris, el ministro de Hacienda del congreso. Rochambeau recibió orden también del gobierno francés de pasar con el grueso de sus fuerzas al continente y dejar en Rhode-Island solo la guardia necesaria. Con estos poderosos socorros, con la llegada á Boston del almirante francés Barras, en mayo de 1781,

con la escuadra y la división de Rochambeau, pudo Washington pensar en tomar otra vez la ofensiva y realizar su plan secreto de llamar la atención del jefe inglés por un simulacro de ataque sobre la ciudad de Nueva York y volar al Sur para aniquilar allí de un golpe al ejército de lord Cornwallis. De paso solicitó de los diferentes Estados nuevos refuerzos, que en junto llegaron á 7,600 hombres. El 21 de julio levantó el campo y se dirigió con sus fuerzas á Paekskill, á orillas del Hudson, en el distrito de Nueva York. Desde allí, reforzado con la división de Rochambeau, hizo hasta mediados de agosto el simulacro de preparar un asalto á

Nueva York. Clinton, que se había fortificado allí, engañado por las apariencias y por cartas falsas, llamó en su auxilio á toda prisa una parte de las fuerzas de Cornwallis. Sabido esto por Washington, subió con sus fuerzas y el cuerpo auxiliar francés por la cuenca del Delaware, y forzando las marchas entró el día 30 de agosto en Filadelfia. En 5 de setiembre la escuadra francesa, después de derrotar á la inglesa, que hubo de abandonar á Cornwallis y su división á su suerte, echó á tierra 3,000 franceses en la Virginia, que desde luego se reunieron al cuerpo de Lafayette; y en 14 de setiembre Washington tuvo reunidas cerca de Wi-



Lord Cornwallis

lliamsburg, en Virginia, todas las fuerzas americanas y francesas.

Entretanto Cornwallis tomó posiciones con sus 7,000 hombres en Yorktown, entre los ríos James y York, en la costa de Virginia. Allí se fortificó, pero el 30 de setiembre aparecieron delante de la ciudad por mar la escuadra francesa y por tierra el ejército aliado. El 6 de octubre empezó el sitio por mar y tierra, y viéndose Cornwallis cercado por todos lados, capituló en 19 de octubre, cayendo más de seis mil hombres en manos de los americanos. Cornwallis y sus oficiales fueron puestos en libertad bajo palabra de honor de no hacer más armas en aquella guerra contra los americanos.

Lafayette, considerando concluida la parte militar, regresó á Francia. Al cabo de seis años de guerra hallábase solo tres ciudades americanas en poder de Inglaterra: Nueva York en el Norte y Charleston y Savannah en el Sur; pobre com-

pensación de sacrificios colosales, como la manutención de una gran escuadra en país enemigo y lejano y de un ejército de 42,000 mercenarios costosos, además de unos 30,000 americanos realistas que le prestaban su apoyo y cooperación.

El ingreso del rey de Prusia, Federico II, en la alianza de las tres potencias del Norte, en 8 de mayo de 1781, dió lugar á la adición de un párrafo en el tratado, según el cual declararon las cuatro potencias el Báltico mar neutral y cerrado á todos los buques de guerra extranjeros.

Holanda fué el primer país que manifestó vivos deseos de paz, porque la pérdida de las islas de San Eustaquio, Saba y San Martín, en el mar de las Antillas, que los ingleses ocuparon en la primavera del año 1780, y luego la de doscientos buques mercantes valorados en cerca de 32 millones de pesetas, que hasta enero de 1781 le habían arrebatado los corsarios ingleses, habían causado á su comercio perjuicios inmen-